

La transmisión de valores a través de los cuentos

Rosa María Badillo Baena*



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

Nuestra sociedad materialista sigue necesitando cuentos, narraciones con alma, que compensen, en parte, la falta de valores. ¿Cómo pueden aprovechar los maestros esta necesidad social de cuentos para realizar mejor su tarea educativa? Ésta es la pregunta que intenta contestar Rosa M^a Badillo en este artículo, en el que nos descubre los recursos didácticos que brindan los cuentos, su poder transmisor de valores y actitudes para afrontar la existencia.

«A mis hijos, que son mi inspiración para crear un mundo mejor.»

Es interesante observar que nuestra sociedad, caracterizada por su culto a lo material, necesita historias llenas de magia para alimentar la fantasía colectiva. Así lo demuestra el éxito de películas como las de Harry Potter o como *El señor de los anillos*. Sin duda, existe un hambre de cuentos, de narraciones con alma, que compensen la sordidez del vacío creado por la falta de valores del mundo en que vivimos. ¿Cómo podemos aprovechar los maestros esta necesidad social para realizar mejor nuestra labor en la escuela? Una de las respuestas que se pueden dar a esta pregunta es: usando el cuento como instrumento didáctico.

La marioneta que alcanzó la libertad

Para poder mostrar los recursos que brinda el cuento a los maestros, quisiera comentar aquí una experiencia educativa que guarda muchos tesoros para mí. Hace algún tiempo trabajé con un grupo de mujeres en un taller al que denominé «Forja de creadoras». ¹ Una de las actividades que llevaron a cabo fue la de crear, de forma oral, un cuento colectivo que debía tener como protagonista a una

marioneta. Comenzaron a tomar la palabra, en una ronda de voces, y fueron completando, una a una, la historia de este personaje tan simbólico que representa, de manera muy acertada, al ser humano zarandeado por la vida. Mi asombro aumentaba a medida que iban tejiendo la narración porque ninguna alcanzaba a transformarla en pájaro, o, al menos, a cortar sus hilos para cambiar su destino. El relato se volvía más triste por momentos, y nuestra marioneta, cada vez más vulnerable, estaba más herida.

¿Qué me estaban diciendo aquellas mujeres?, ¿que ni siquiera eran capaces de imaginar un futuro mejor para un personaje inventado?, ¿qué limitaciones cercenaban sus mentes?, ¿cómo se proyectaban estos límites en su realidad? Sí, muchas cuestiones afloraban a la luz, algunas convirtiéndose en un grito, porque el cuento se estaba transformando en una metáfora de lo que podía ser su vida. Detenida en este punto de mis cavilaciones, y siguiendo con expectación el hilo de la historia que estaba terminando, oí una voz infantil que se alzó con fuerza y claridad por encima de las demás. Era la de una niña cuya madre la había llevado a la actividad tras recogerla del colegio. La pequeña pasó totalmente inadvertida para todas, hasta que le puso el final al cuento con estas palabras: «y alcanzó la libertad». Aquella niña, de unos diez años, transformó toda la historia sólo con nombrar uno de los valores supremos: la libertad. Ella sí podía vislumbrar la esperanza.

Este hecho, que tiene muchas lecturas, nos muestra el valor que tienen los cuentos a la hora de transformar los límites mentales que determinan la realidad. Sobre todo si en el ámbito educativo, más que en los conflictos, hacemos hincapié en la búsqueda de soluciones, de horizontes. Ejercitar la mente de los alumnos en hallar soluciones creativas a los problemas por medio de la aplicación de valores para transformar los sucesos y hacer evolucionar a los personajes, puede ser una forma efectiva de que éstos asuman dichos valores para mejorar su vida. Lo cierto es que los cuentos nos pueden ayudar a crear un terreno fértil para fomentar valores como la fortaleza interna y la autoestima en la infancia.



GABRIELLE VINCENT, LA PEQUEÑA MARIONETA, ZENDRERA ZARIQUIEY, 2002.

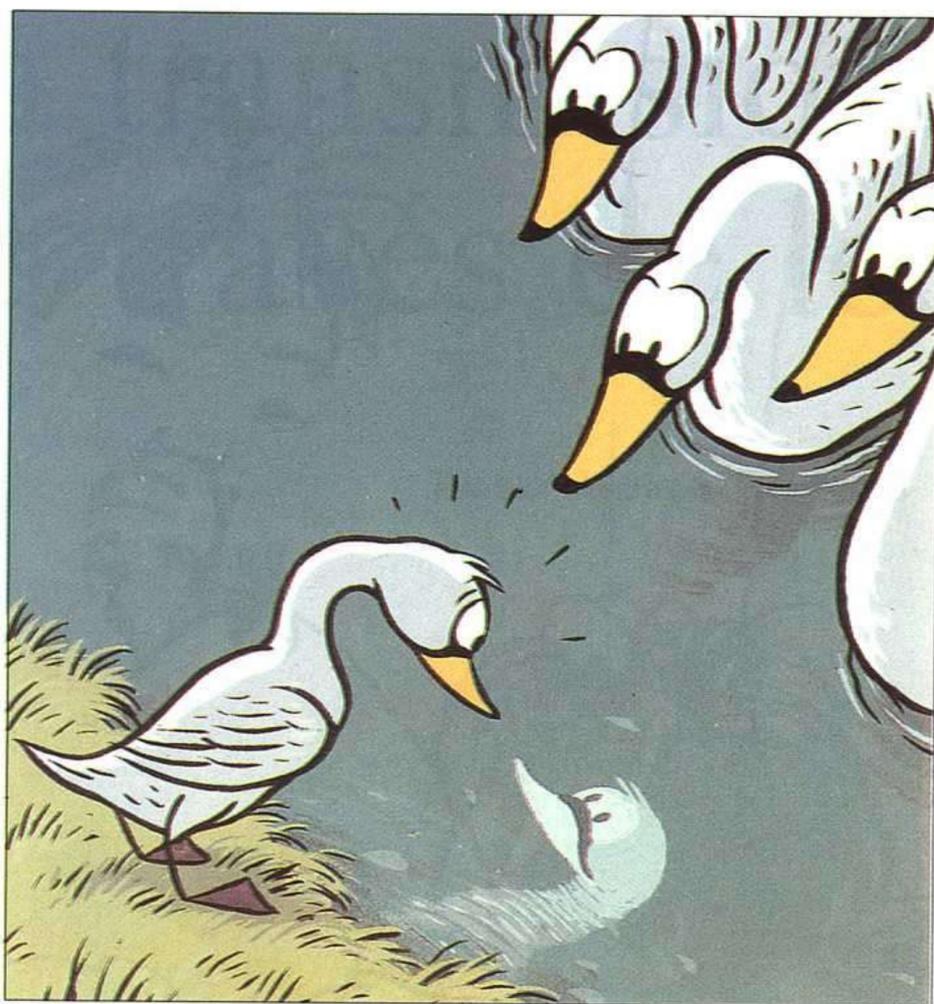
Por otra parte, quiero destacar de esta experiencia educativa el potencial transformador que tienen los niños frente a los mayores. Los niños son mucho más que «proyectos de hombres y mujeres productivos», tal y como los enfoca esta sociedad. Ellos son la materialización real de lo mejor que tiene el ser humano en el presente. Tienen valores como la espontaneidad, la fuerza, la capacidad de regeneración o la sinceridad. Éstos hacen del niño un verdadero maestro para los adultos que desean recobrar el sentido de la vida. Personalmente, he aprendido mucho de los niños, tanto que ellos me han dado la clave para mantener viva mi ilusión como maestra. La misma que se nutre de aplicar ante cada reto educativo que se me presenta las siguientes palabras: «aprender enseñando, enseñar aprendiendo». De ahí que todavía crea que es posible romper la armadura (si nos permitimos jugar con el len-

guaje, esta palabra nos puede sugerir la idea de que «el alma está dura») de los niños agresivos y conflictivos, así como la de los maestros escépticos. La propia experiencia me lo ha demostrado cuando he utilizado con ese fin la sabiduría profunda de los cuentos.

Los cuentos como metáfora de la realidad

Fue la dureza de la vida, entre otros factores, lo que indujo a los pueblos a transformar la realidad en fantasía para llegar a la mente mágica de los niños y enseñarles, en un lenguaje que podían comprender, a afrontar las ásperas circunstancias del medio. Imaginemos, por ejemplo, en la época prehistórica, a una tribu que tenía que preparar a los más jóvenes para superar el miedo a cazar animales de enormes dimensiones en esta-





MAX, EL PATITO FE0, LA GALERA, 1997.

do salvaje. Sin duda, una de las maneras más efectivas era inventando cuentos, leyendas y mitos en torno a los grandes cazadores de su comunidad y contándoselos. Seguramente rememorarían sus hazañas, la forma en que aprendieron a enfrentarse a las bestias, mitificarían cada una de sus acciones para que los niños pudieran identificarse con ellos a través de las narraciones y, al llegar a la edad adecuada, salieran a cazar emulando a sus héroes.

Así pues, en las distintas épocas los miembros de cada sociedad y cultura han creado sus propios cuentos para transmitir una serie de modelos y valores a las generaciones nacientes. Lo más sorprendente de todo es que muchas de estas narraciones coinciden en su mensaje profundo. Se podría decir que hay muy pocos cuentos en la humanidad; aunque cada uno tiene bastantes versiones, según la cultura que lo haya imaginado. Por exponer datos de un caso concreto, nos podemos referir al origen de la *Cenicienta* que se remonta a la antigua China. Se han encontrado versiones de esta historia en África y en Europa,

las más famosas de nuestro continente son las de Perrault (siglo XVII) y la de los hermanos Grimm (siglo XIX). De alguna manera, los distintos pueblos han creado la misma respuesta para ayudar a los niños a superar una determinada problemática, bebiendo de la misma fuente primigenia: el inconsciente colectivo que une a toda la humanidad.

Estos cuentos tienen unas características simbólicas que los dotan de un significado muy profundo, el cual no se puede percibir si los interpretamos literalmente. Por eso, algunas personas creen que contar cuentos a los niños es engañarlos, y se equivocan. Porque los cuentos son metáforas de la realidad, sabiamente adaptada para que los niños la puedan entender. Para ejemplificar lo dicho, podemos imaginar una situación en la que quisiéramos explicarle a una niña de seis años que en la vida se va a encontrar con el bien y con el mal personificados. Si le damos un discurso sobre este tema se acabará aburriendo y se marchará. En cambio, si le hablamos en clave simbólica refiriéndonos a hadas y brujas para representar las energías po-

sitivas y negativas que nos ayudarán o que obstaculizarán nuestro camino, podrá entenderlo a cierto nivel. Pues hemos empleado el lenguaje simbólico que caracteriza a su mente mágica, la cual puede convertir fácilmente una piedra en una rueda o un ladrillo en un peso magnífico para jugar a las tiendecitas.

La sabiduría profunda de los cuentos reside, entre otros elementos, en su poder simbólico. En primer lugar, hay que destacar que estas narraciones están pobladas por personajes que encarnan imágenes arquetípicas. El concepto de arquetipo fue creado por el psiquiatra suizo C. G. Jung para explicar el funcionamiento de la psique. Hace referencia a un centro innato en el cerebro que es común a todos los seres y que configura la mente humana. Arquetipos como la madre, el padre, el hijo, la hija, el guerrero, el mago o el gobernante, por citar algunos, los podemos encontrar en todas las culturas de la humanidad. Los arquetipos tienen entre otras finalidades la de preservar la especie, ya que son la base esencial para organizar las sociedades, y la de estimular a los individuos para su evolución. Cada arquetipo se despliega en imágenes arquetípicas que van de lo más positivo a lo más negativo. A modo de ejemplo, el arquetipo de la madre se manifiesta en imágenes como la madre nutricia o la madrastra.

Por lo tanto, el cuento está formado por imágenes arquetípicas que están profundamente arraigadas en la psique. Imágenes que adquieren el rango de símbolos cuando proyectamos en un objeto o en un elemento de la naturaleza unas cualidades que son humanas. Así, el arquetipo del sabio ha sido simbolizado por la tortuga o el búho. El símbolo es un elemento al que los seres humanos hemos dotado de magia, de poder, hasta llegar a cobrar vida en el cuento. Una espada que se mueve por sí sola, una escoba que habla o un gato con botas son ejemplos de símbolos que puede crear nuestra mente.

Cada ser humano tiene sus propios símbolos, que se manifiestan, sobre todo, en los sueños, y también posee la capacidad de elaborar símbolos conscientemente. En este sentido, quiero relatar una experiencia bastante ilustrativa. Una madre me comentó que su hijo de seis

años había salido llorando de la clase porque su maestra le había dicho que el dibujo que había pintado era feísimo. Le planteé este tema al grupo creativo con el que trabajaba en esos momentos para que hicieran un cuento con el fin de paliar la frustración de este chiquillo. Una de las alumnas creó un cuento con un símbolo maravilloso para hacerle ver al niño que su maestra «no había hablado en serio». Eligió como objeto unas gafas y les dio vida, creando lo que ella denominó «las gafas de la belleza». Y a través del cuento le decía al niño que ese día su maestra se había olvidado las gafas de la belleza en su casa, por lo que no había podido ver lo bonito que era su dibujo.

Arquetipos y símbolos para transmitir valores

A continuación, daremos algunas pautas para indicar cómo podemos emplear los arquetipos y los símbolos para transmitir valores a los niños a través de los cuentos:

— *Crear nuevas imágenes arquetípicas*

Nuestra sociedad, obedeciendo a sus necesidades, debe crear sus propias imágenes arquetípicas. Si bien en los cuentos tradicionales se incidía en el padre negativo simbolizado por el ogro, ya es hora de crear cuentos con la imagen del padre con corazón. También sería necesario potenciar imágenes como la de la mujer sabia frente a la bruja, la del niño con autoestima en contrapartida a la del niño abandonado, o la de la joven emprendedora para contrarrestar a las princesas que esperan príncipes azules. Estas nuevas imágenes, en sí mismas, ya están cargadas de valores, y su uso sería un claro indicio de la evolución de nuestra mentalidad. Es necesario resaltar que los cuentos están vivos y dan vida a una cultura porque sus componentes esenciales evolucionan a la par que sus miembros, ya que ellos son los

que los imaginan. Quiero subrayar que no se trata aquí de eliminar las imágenes tradicionales, sino de que éstas convivan con las nuevas, originando un contraste que sirva como estímulo a los más jóvenes para su desarrollo.

— *Emplear símbolos positivos que ayuden a los personajes*

Se pueden crear nuevos símbolos, además de utilizar los símbolos ya existentes creados por las diversas culturas de la humanidad que representan lo mejor del ser humano. Estos últimos se llaman «símbolos de centro»; y en sí ya son un manantial de valores. Entre ellos, por nombrar algunos, se encuentran: el tesoro, la perla, el delfín, la pirámide, la isla, la mariposa, el cisne, la montaña, las alas, el sol, el águila, la fuente y el ciervo. La integración como símbolo de cualquiera de estos elementos en un cuento, ya nos asegura que vamos a tocar las teclas más profundas y hermosas de cualquier ser humano para que aflore lo mejor de él a la luz.

— *Utilizar el poder transformador del símbolo*

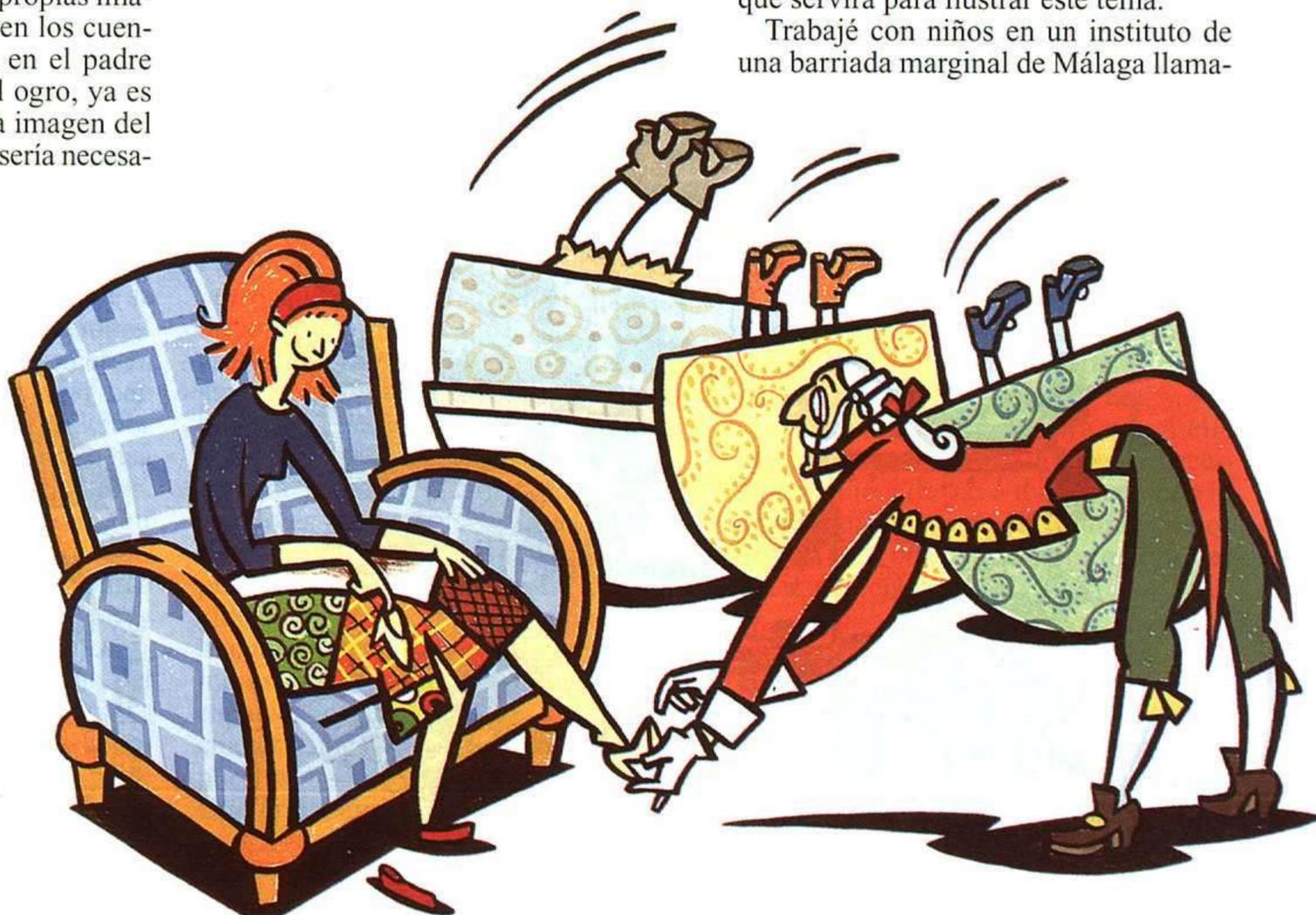
Al igual que hay símbolos de centro, también existen los «símbolos de la he-

rida» que hacen referencia a los estados más problemáticos del ser humano. Símbolos de la herida son: el dragón, las ruinas, el laberinto, el abismo, la bruja, la máscara, el agujero, las cenizas o el monstruo, por citar algunos. Podemos trabajar con ellos para transmitir valores, transformándolos a lo largo de los cuentos, siempre con el objetivo de abrir horizontes. Por ejemplo, el abismo se puede transformar en un puente de unión cuando el protagonista de la historia sale de su aislamiento y consigue acercarse a los seres que le rodean; y también la bruja adquiere rasgos hermosos a medida que va abandonando sus pensamientos negativos.

Experiencia didáctica con niños conflictivos

Hay que señalar que cada ser, cada niño o joven, tiene sus propios símbolos que representan sus heridas. De ahí, que sea vital que el maestro estimule la creatividad en sus alumnos para ver lo que tienen por dentro, y, después, decidir cómo los puede ayudar. En este sentido, voy a relatar una experiencia didáctica que servirá para ilustrar este tema.

Trabajé con niños en un instituto de una barriada marginal de Málaga llama-



da La Palmilla, sometida a todas las lacras que produce la miseria. Cuando les propuse crear un cuento y les pedí que imaginaran a los protagonistas, estos niños, que tenían 12 años, eligieron a personajes-símbolos como una gallina inválida, un buitre tiroteado, un león enjaulado... Ellos, entre risas, no sabían que me estaban hablando de cómo se sentían por dentro al emplear esos símbolos. Se sorprendieron bastante cuando fui creando con cada uno de éstos un cuento cuyo final era muy distinto a lo que esperaban. He aquí las historias bosquejadas:

— *La gallina inválida*: «Érase una vez una gallina que vivía en un corral. Se enteró de que los hombres habían empezado una guerra, pero a ella no le importó. “¡Ah! Ésas son cosas de los humanos”, se dijo. De pronto, un día cayó una bomba donde ella estaba y comprendió que aquella guerra también le concernía. Su ala quedó magullada; en cambio, su mente se abrió a la vida. Pues, de ella aprendió que verdaderamente “Todos somos uno”.»

— *El buitre herido*: «Érase una vez un buitre al que le pegaron un tiro. El buitre, que estaba a punto de morir, se arrastró por el suelo y llegó a la casa de un niño. Éste, cuando lo vio, lo recogió y estuvo curándolo hasta que sanó. Después lo dejó en libertad.»

— *El león liberado*: «Unos cazadores atraparon a un león y lo encerraron en una jaula. El león comenzó a gruñir por las noches llamando a sus amigos. Samai, lo escuchó.

Se internó en la selva, entró en el campamento de los cazadores y liberó al león. Los dos se hicieron grandes amigos y se salvaron de la muerte muchas veces. Y cuando ya eran muy viejos, solían subir a la montaña más alta de África, donde se sentaban a mirar el horizonte, divinando el mundo animal a sus pies. En los ojos de los dos amigos se podía vislumbrar la eternidad.»

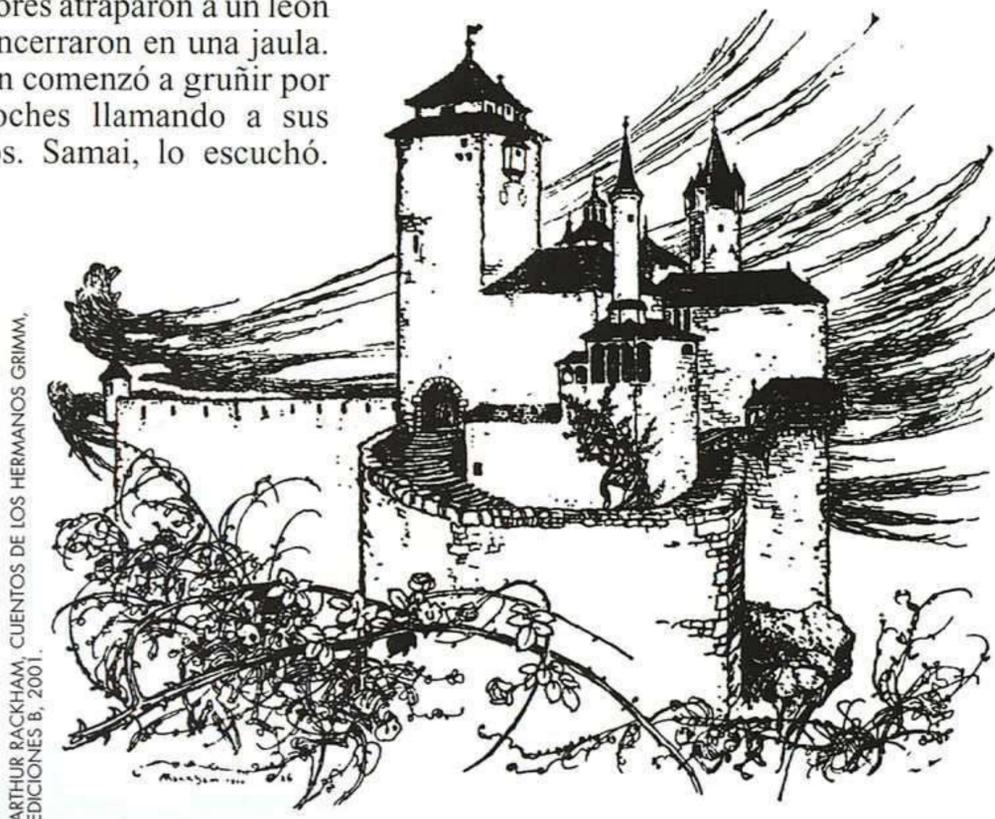
Estos pequeños cuentos son buenos ejemplos para mostrar cómo podemos transformar los símbolos, desde su polo más negativo hasta el más positivo, a la vez que transmitimos valores. Los chicos que escucharon estas narraciones recibieron el mensaje profundo de que se pueden cambiar las cosas. Precisamente, la magia transformadora de los cuentos es una metáfora de la forma en que operan las fuerzas creadoras de la vida, cuya esencia es la metamorfosis. De ahí que los cuentos nos sirvan como espejos donde mirarnos para crecer. Los niños, más que nadie, necesitan estos puntos de referencia positivos que pueden brindarles, entre otras personas, sus maestros. Éstos, por otra parte, han de tener siempre en cuenta que sus alumnos elegirán en última instancia si deciden evolucionar o quedarse donde estaban, es decir, si se siguen identificando con el buitre tiroteado o aspiran, tras relatarles la his-

toria, a ser un buitre en libertad. Lo importante es que el maestro cumpla con la labor de dar a los niños opciones para que elijan su propio camino.

Crear cuentos que fomenten la autoestima

En primer lugar, tenemos que plantearnos ¿qué es la autoestima? Sin duda, es la cualidad más valiosa que debemos desarrollar los seres humanos para estar en el mundo. Consiste en saber cuidar de uno mismo, nutrirse, escuchar y satisfacer nuestras necesidades. Quien desarrolla su autoestima, paralelamente cultiva su fortaleza interna, pues confía en sí mismo, en su instinto, obedece a las señales de su cuerpo, sigue a su intuición que acorde con su razón le indica cuáles son sus recursos y cómo utilizarlos para afrontar la vida. Cualquier animal tiene autoestima, sabe cuándo desea comer o descansar o el momento en que tiene que defenderse. Nosotros, los seres humanos, en gran parte, hemos perdido esta capacidad y tenemos que aprenderla de nuevo en nuestro caminar por la vida.

Son muchas las causas que conducen a la pérdida de este inestimable valor. Aquí sólo vamos a mencionar una: el error de basar nuestra autoestima en el lo-



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

gro de nuestras acciones, en vez de cimentarla en la aceptación y valoración de lo que somos. En otras palabras, nuestra autoestima no reposa en el centro de nuestro ser, sino en las acciones que realizamos.² Esto nos conduce a que si no logramos algo que nos proponemos, nuestra autoestima quede por los suelos. Por poner un ejemplo, la niña que basa su autoestima en sacar buenas notas, el día que saque un aprobado se vendrá abajo. Y así, somos zarandeados constantemente por las circunstancias, porque no nos permitimos el natural proceso de aprendizaje, donde los errores son tan importantes como los aciertos, ya que favorecen la experimentación, el ensayo, para perfeccionar nuestras acciones. Así pues, si la niña que hemos citado anteriormente hubiera tenido una verdadera autoestima, ante el aprobado hubiera reaccionado con una gran confianza en sí misma y en sus talentos, respondiendo a este hecho de la siguiente manera: «Estoy segura de que la próxima vez lo haré mejor porque esto me ha permitido saber en qué me he equivocado».

Los profesores pueden comenzar a sentar las bases de una sólida autoestima en los niños, de entrada, de la forma más sencilla que se pueda imaginar. Son muchas veces las que se les manda a los niños a copiar frases para que adquieran soltura en la escritura. Pues bien, en vez de elegir una frase cualquiera, mi propuesta es que escojan frases que promuevan la autoestima. Por ejemplo, una frase-raíz podría ser: «Me acepto y me amo tal como soy». Esto también es válido para cursos más avanzados donde se enseña a los niños a analizar oraciones. Nada cuesta elegir las para que fomenten valores. Ya que vamos a trabajar con ellas un tiempo considerable, podemos hacer que los mensajes que les lleguen a los alumnos estén llenos de sabiduría. La misma orientación podemos seguir con los dictados. Y cómo no, conseguiremos transmitir y reforzar la autoestima en los niños, complementando éstas y otras actividades, con la utilización consciente del instrumento más antiguo del arte de enseñar: los cuentos.

Desde luego, tanto los errores como los problemas y conflictos son una parte muy importante de la estructura de los



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

cuentos. Porque gracias a aquéllos los personajes consiguen madurar y responder a los retos de la vida. El cuento no esconde la parte negativa de la realidad sino que la muestra, a veces con dureza, y la pone en una misma balanza junto a la parte positiva de la existencia. De hecho, la estructura básica de un buen cuento es la siguiente: personaje + conflicto + solución. Esta estructura que nos puede parecer, a primera vista, muy sencilla contiene la fórmula del aprendizaje humano. Pues los conflictos actúan como estímulos para desarrollar nuestras capacidades y habilidades, o sea, que cuando integramos un obstáculo en nuestra vida superándolo, maduramos. Éste es el camino que nos muestran los

cuentos: cómo ir de la oscuridad a la luz. Pero de la forma más sabia que existe, porque este camino concuerda con los ciclos de nacimiento + muerte + renacimiento inscritos en la naturaleza, y, por ende, en nuestros genes, ya que a ella pertenecemos. Aunque la sociedad occidental quiera obviar a toda costa todo lo que significa muerte, la naturaleza nos enseña que no hay vida sin muerte, es decir, sin renovación.

Crear cuentos con alma

La estructura: personaje + conflicto + solución, es la base esencial para crear un cuento que transmita valores y ci-

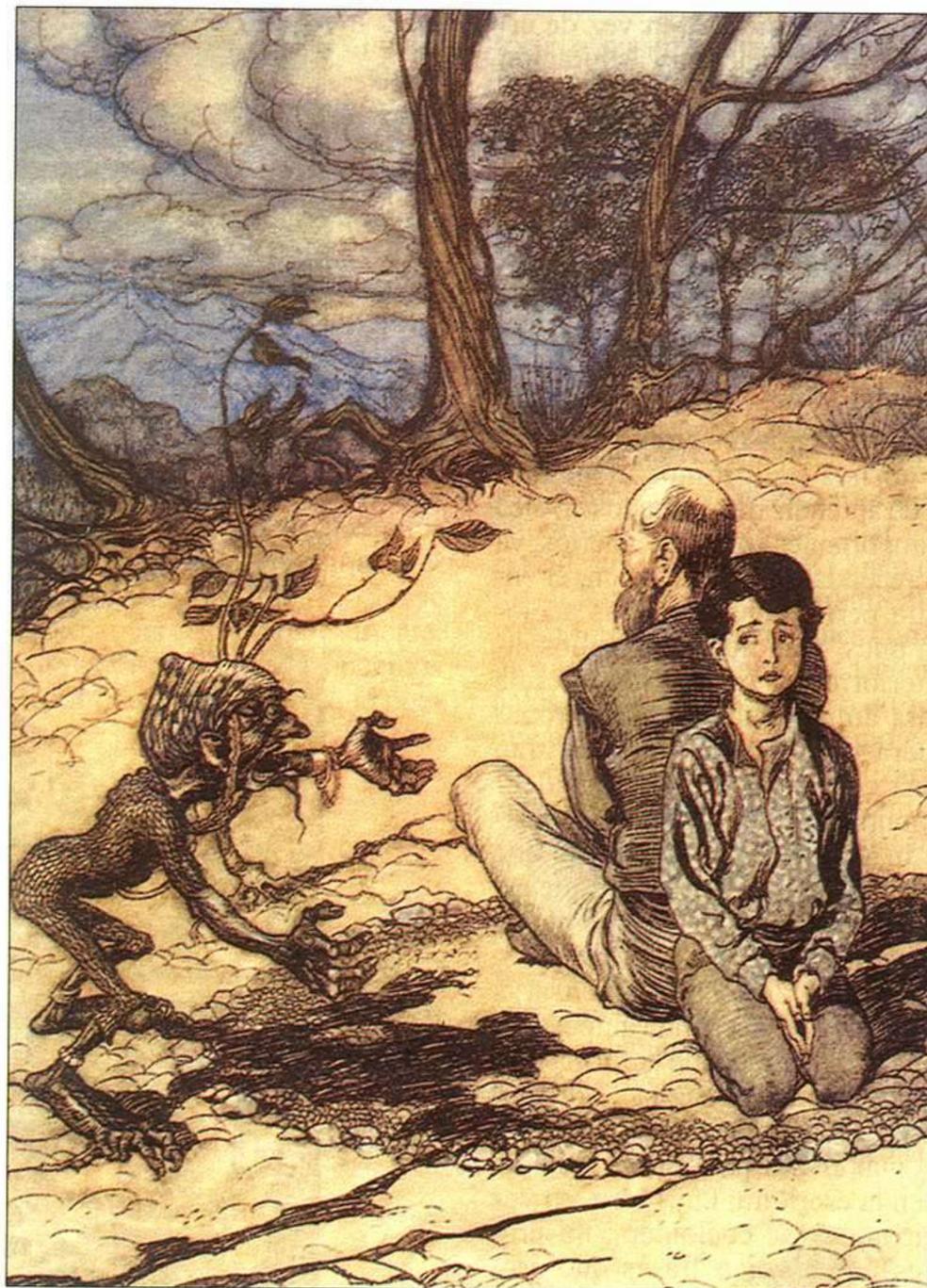
mente la autoestima infantil. También es de suma importancia que el cuento termine con un final feliz. Ya el psiquiatra Bruno Bettelheim, que descubrió observando a sus pacientes infantiles que el cuento era una vía de curación muy importante, llegó a la conclusión de que cuando un niño no tiene esperanza en el futuro, automáticamente se para su crecimiento. Por eso, en sus investigaciones, incidió en el valor que tiene para un niño que un cuento termine bien.³ Por otra parte, en el cuento también es fundamental el empleo de un lenguaje sencillo y poético, lo que contribuye a aumentar su magia. Por último, señalar que es primordial que la belleza esté implícita en el cuento a la hora de recrear las imágenes, los sentimientos y la narración.

En resumen, los elementos esenciales para crear un cuento son:

- Estructura: personaje + conflicto + solución.
- Símbolos y arquetipos.
- Lenguaje sencillo y poético que impregne de belleza la narración.
- Final feliz.

Hay que decir que los de hadas no son los únicos cuentos que contienen estos elementos. Actualmente hay cuentos magníficos creados con esta sabiduría que está implícita en los seres humanos de todos los tiempos. Por eso, personalmente, englobo a todos los cuentos que poseen estas características bajo la denominación de «cuentos con alma», es decir, cuentos con esencia, con significado. Por nombrar algunos cuentos elaborados en nuestra época que contienen la huella del misterio profundo de la vida, cito los siguientes títulos: *El canto de las ballenas*, *La ciudad de las estrellas*, *El gran secreto del viaje olvidado* o *El abrigo*.⁴ Y otros muchos que os invito a descubrir siguiendo vuestra intuición y vuestros gustos.

De todas maneras, quién desee saber las claves para seleccionar este tipo de cuentos ha de tener en cuenta que deben poseer el poder transformador y evolutivo que haga crecer al personaje a lo largo de la historia. Además, a estos cuentos los caracteriza una magia que nos envuelve desde que posamos los ojos en su portada, ya que curiosamente tanto el título como las ilustraciones suelen ser



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

especialmente bellos para que concuerden con su contenido.

Voy a mencionar una serie de líneas creativas que fomentan el valor de la autoestima:

- El personaje que aprende de sus errores.
- El personaje que sigue su instinto y su intuición, logrando así sus metas.
- El personaje que no es agraciado físicamente, pero está contento consigo mismo.
- El personaje que sabe cuidar de sí mismo.
- Todos los cuentos que transmitan valores, porque estos afianzan la seguridad del niño.

También es muy importante, a la hora

de crear para los niños, su edad y sus motivaciones. Además de los dos grandes miedos que se afrontan en esta etapa de la vida: el temor a ser abandonado y el miedo al crecimiento. Una fórmula sencilla para crear cuentos que transmitan valores podía tener como conflicto estos miedos y como solución la integración de un valor. Presentamos dos esquemas de estructura para que sirvan de ejemplo. Después habrá que desarrollarlos a nivel creativo:

— Personaje + miedo a ser abandonado + confianza en sí mismo.

— Personaje + miedo a crecer + amor.

Por otra parte, si el maestro o la maestra quieren crear un cuento para un niño en concreto, con unas necesidades de-

terminadas, lo mejor que pueden hacer para inspirarse es observar, meditar y «sentir» al niño. Luego, han de intentar ponerse en su lugar. Para eso es importante recordar nuestra propia infancia y pensar sobre lo que nos preocupaba a esa edad, aquello que nos emocionaba e ilusionaba y cómo habríamos reaccionado si nos hubiera pasado lo mismo. Después, nos trasladaremos a nuestra perspectiva de seres maduros y buscaremos en nuestra experiencia una respuesta acertada para transmitírsela al niño en forma de cuento.

Imágenes sobre el poder de la vida.

Ahora me gustaría hacer hincapié en un valor muy especial que necesitan todos los niños. Pero, sobre todo, los que son maltratados física y psíquicamente: es el valor de la fortaleza interna. Hay símbolos e imágenes sobre el poder de la vida que se pueden trabajar en los cuentos para desarrollar esta cualidad imprescindible para vivir.⁵ Por ejemplo:

— Un naranjo renaciendo de los escombros.

— Una cabra que tiene la valentía suficiente para salvar a su cría de las garras de un ave de presa.

— Una higuera calcinada con tan sólo tres ramas vivas, pero cargadas de frutos.

— Un campo de amapolas nacido en un estercolero.

— Una flor que crece en una roca.

— Un águila blanca que anida en un buque de guerra destrozado y oxidado.

— Un almendro en flor que crece en una cuneta.

Y tantos símbolos que la vida nos pone diariamente por delante, mostrándonos su fuerza poderosa y arrolladora a la hora de superar límites. Seguro que si hacemos memoria, aflorarán a nuestra conciencia imágenes de este calibre que nos servirán para elaborar estos cuentos verdaderamente esperanzadores.

Diseño de actividades

Para diseñar la didáctica que nos ayude a afianzar los valores que deseamos transmitir, es importante que disfrute-

mos elaborándola y que tengamos muy presente una pregunta: ¿cómo me habría gustado que me enseñaran a mí? Dichas actividades deben ser lúdicas para que penetren sus contenidos en los niños casi sin darse cuenta. A través de ellas debemos aspirar a que, paralelamente, éstos desarrollen otras capacidades: la lectura, la escritura, la riqueza de vocabulario, las habilidades artísticas y comunicativas, la valoración del entorno y el conocimiento de su pasado. Porque, sin duda, potenciar estas capacidades ya engendra en sí valores.

Las actividades más importantes, y más sencillas a la vez, son aquellas que estimulan a los niños para que creen sus propios cuentos, con sus propios símbolos internos. Simplemente, les proporcionamos la estructura básica del cuento: personaje + conflicto + solución, y les decimos que elaboren un cuento. Los símbolos surgirán por sí solos, junto a sus miedos y preocupaciones. De esta forma estamos promoviendo uno de los máximos valores: el de la creatividad.

Además, al darles este canal para que se expresen, podremos conocerlos mucho mejor y diseñaremos actividades más apropiadas para ellos.

Si les contamos un cuento o les proponemos que lean un cuento que transmita valores, siempre hemos de tener presente que la mejor forma de motivarlos es que ellos participen recreando el cuento. Ya sea ilustrándolo, teatralizándolo o inventándose nuevos personajes o lugares para que se desarrolle la historia. Y, sobre todo, dejando que ellos completen el final, para después contrastarlo con el elegido por el autor o autora. Después se pueden hacer coloquios sobre el cuento y elegir entre todas la versión que más les ha gustado. El maestro hará hincapié en los valores que transmite el cuento con objeto de promoverlos, incluso, a los alumnos de los cursos más avanzados, les explicará sus conceptos para que entiendan mejor lo que significan. Pues ante los niños más pequeños no es conveniente dar explicaciones sobre el cuento.



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

Por otra parte, podemos proporcionarles elementos pictóricos o musicales para estimular su imaginación. Yo tengo una carpeta llena de imágenes que he ido fotocopiando a color, las cuales se caracterizan porque cuentan una historia. Las imágenes sirven para que los niños proyecten en ellas su visión de la vida, reflejo de su estado interno. Con ellas como estímulo, siempre surgen historias distintas y llenas de magia, ya que estas imágenes elegidas por su belleza y armonía tienen el poder de que aflore a la luz lo mejor del ser humano. De entrada, muchas de ellas representan símbolos de centro, con lo cual el estímulo positivo está asegurado. Así estamos sembrando valores a nivel muy profundo en cada niño. Esta actividad a mí me gusta hacerla en grupos, con el objeto de fomentar la cooperación y la comunicación entre los alumnos, entre otros valores. Y a este respecto, junto con la lámina que cada grupo escoge al azar, también les entrego un valor para que lo trabajen dentro del cuento que vayan a crear. Otro día todos los grupos pueden trabajar el mismo valor y crear historias

distintas en torno a él, según la lámina que les sirva de inspiración. Esto se puede hacer con los cursos más avanzados, es cuestión de ir experimentando para saber hasta qué punto se puede hacer más compleja la actividad.

En cuanto a la propuesta basada en un estímulo musical, consiste en que todos escuchen unos compases de una pieza musical sugerente, y que de forma individual imaginen un cuento con los elementos que les haya inspirado la melodía. Después, cada niño expone al grupo lo que ha creado. A través de esta actividad se fomentan muchos valores: desde la paz que se siembra internamente en la psique del niño, la belleza, el respeto hacia la diversidad, la comprensión o la escucha, por nombrar algunos.

El baúl milenario

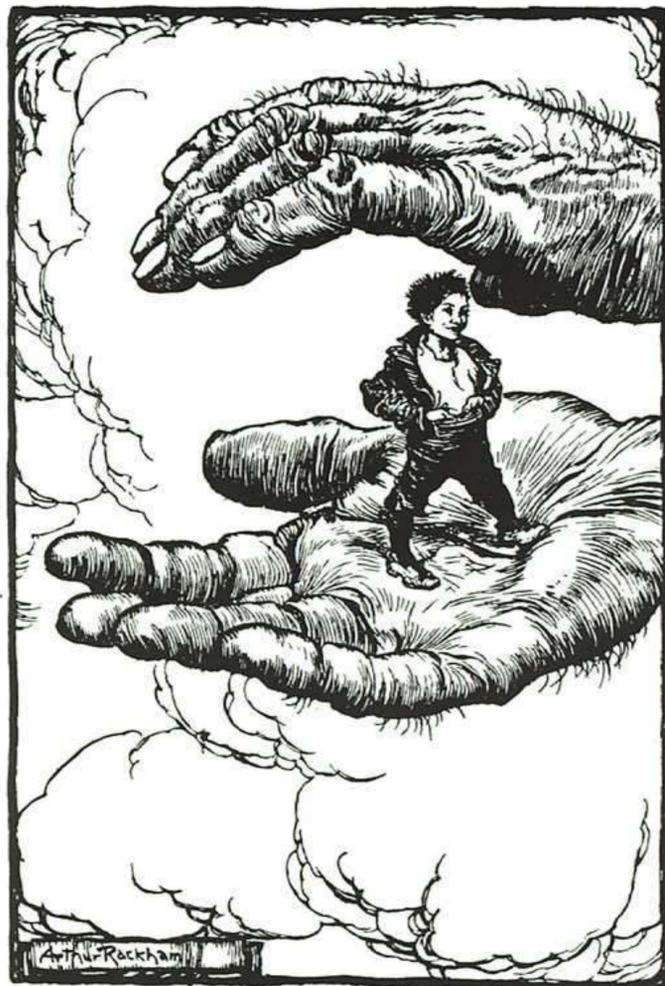
Para trabajar en concreto los símbolos de centro, con todo lo que esto conlleva de positivo, he diseñado una actividad a la que he llamado: el baúl milenario. Consiste en llenar un baúl con tarjetitas que contengan escrito el nombre de diferentes símbolos pertenecientes a dis-

tintas culturas. Le vamos ofreciendo el baúl a cada niño para que extraiga un símbolo y elabore un cuento en torno a él. Luego, se exponen en clase los diferentes cuentos que han surgido. También se puede trabajar esta actividad en grupos. Como ya sabemos, los símbolos de centro estimulan y refuerzan lo mejor que hay dentro del ser humano. Si sembramos estos símbolos en los niños para que los hagan suyos a través de la creación, estamos fomentando valores como la autoestima, la fortaleza interior y la confianza en sí mismos. Donde estén presentes estos símbolos-valores, tan sólo con adornar la clase con láminas donde éstos estén representados, ya se está propiciando un clima de armonía y de paz. Recordemos que entre estos símbolos está el sol, la fuente, el delfín, las alas o el árbol.

La poesía de lo humilde

Hay otra actividad muy interesante que se puede realizar, a la que he denominado: «la poesía de lo humilde». Consiste en que los niños hagan un cuento con un objeto al que nadie aprecia, pero que para ellos significa mucho. Por poner algunos ejemplos: unas botas que su madre les quiere tirar a la basura, una caja de cartón o un viejo oso de peluche. Cada niño elige su objeto y le tiene que dar vida, a lo largo del cuento que cree, convirtiéndolo en símbolo. Puede hacerlo hablar, moverse, incluso darle el papel protagonista en el cuento, lo importante es que le dé el valor que tiene para él. Después se exponen las historias creadas en clase. Ante los ojos de los demás niños, las cosas más insignificantes cobrarán su esplendor y lograremos que valoren las cosas más humildes. Esta actividad se puede hacer también con objetos de la vida diaria. Recuerdo a alumnos de quinto y de sexto de Primaria que eligieron una escoba, un garbanzo o una bombilla, y crearon cosas preciosas con ellos.

En torno a dignificar lo humilde todavía podemos ir más allá realizando actividades como son: la belleza de lo feo, cuyo objetivo es enseñar a extraer la belleza de lo que en nuestra sociedad se desprecia, o la actividad de reconstruir lo roto, donde los niños pueden reparar algo a lo largo del cuento que imaginen. Estas actividades son de tremenda im-



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

portancia porque no sólo estamos trabajando en un nivel superficial el fomento de la reutilización y el reciclaje para mermar el poder que tiene sobre los niños la sociedad consumista, sino que en el plano interno les estamos dando claves para reconstruirse a sí mismos. De nuevo, estamos sembrando fortaleza interna y autoestima, en lo más profundo de su psique. Las imágenes sobre el poder de la vida que mencionamos en un apartado anterior también nos puede servir para estimularlos en este sentido. Las podemos proponer a la clase y que cada alumno elija la que más le guste para recrearla en un cuento.

Crear cisnes desde el pupitre

Hasta ahora hemos hecho referencia a actividades que pueden realizar los alumnos, pero el profesor también puede hacer algo muy especial para su clase. Esta experiencia didáctica que describo a continuación la realizaron dos profesoras de Educación Infantil en el colegio Jacaranda de Benalmádena. Diariamente fueron creando un cuento para cada uno de sus alumnos. Lo con-

taban al final de la clase. Como actividad, los niños lo ilustraban, le ponían título y decían lo que más les había gustado de la narración. El niño protagonista se sentía querido y apreciado por los demás. Después, hicieron un libro «artesanal» con los resultados, lo fotocopiaron y se lo regalaron a los padres. Me dijeron Luisa y Mercedes, que así se llamaban las maestras, que algunas madres soltaron lágrimas de emoción al ver que sus hijos eran objeto de tanto cariño. A esto yo lo llamo «crear cisnes desde el pupitre». Esta metáfora está basada en el maravilloso cuento, *El patito feo*, de H. C. Andersen.⁶

El hechizo de contar

Sin duda, la mejor aplicación didáctica de un cuento es contarlo. Porque mediante la narración estamos transmitiendo valores y sentimientos. Efectivamente, enseñamos a los niños las distintas clases de emociones que existen y cómo se expresan, en contraste con esos dibujos animados de caras totalmente inexpresivas, en

los que sólo los personajes son máquinas aniquiladoras. Ciertamente, a través de la palabra viva le estamos infundiendo aliento a la infancia, le estamos transmitiendo el calor de la humanidad tal y como lo hicieron nuestros ancestros, traspasando los siglos, de generación en generación, para hacer presente lo más genuino del ser humano.

La habilidad de contar cuentos es algo que se desarrolla con la práctica. Por lo tanto, hay que tener en cuenta que el arte de contar se adquiere en un proceso donde la paciencia y la perseverancia son fundamentales. Recuerdo que cuando yo empezaba a contar cuentos, me aprendía el texto de memoria por temor a cometer un error. Esto era algo muy natural, el miedo y la rigidez que me embargaba eran provocados porque estaba afrontando un nuevo reto en mi vida, lo importante era que, a pesar de lo que sentía, me arriesgaba. Así me fui soltando hasta llegar a disfrutar con una de las actividades más lúdicas y hermosas que existen en este mundo. Por otra parte, hay que mencionar en referencia a los maestros que desean aprender a contar, que tienen una gran ventaja: un público seguro al que ya conocen, sus alumnos.

Para poder hechizar contando un cuento, primero tenemos que aprender que las palabras son algo más que adjetivos y sustantivos. Las palabras tienen magia, tienen música, y sus significados son tan profundos que si realmente se aplicara su contenido, el mundo cambiaría de arriba abajo. Pensemos, en este sentido,

en la posibilidad de que se realizara en nuestro planeta todo el mensaje que conlleva la palabra *paz*.

Un buen narrador tiene que tener esto muy en cuenta para dar vida a las palabras que emplee en sus cuentos. Por eso es importante hacer ejercicios con la voz intentando darle toda la musicalidad posible a las palabras; podemos empezar por aquellas cuyo sonido más nos guste.

Luego realizaremos otro ejercicio: insuflarle a la palabras su significado profundo tan sólo con nombrarlas. Comprobaremos que al percibir las palabras con más conciencia les podemos otorgar más vida con nuestra voz. Esto lo advierten los niños y todos aquellos que nos escuchan. Las palabras nos agradecen que les devolvamos su poder, desprendiendo su magia para nosotros y nuestro público.

A los ejercicios de pronunciación, podemos añadir los de modular la voz según el tono —alto y bajo—, o el ritmo, —lento y rápido—. Por ejemplo, si el lobo de caperucita corre velozmente hasta la casa de su abuelita, nosotros podemos emular su velocidad con las palabras.

Por otra parte, también es fundamental cambiar las voces de los personajes del cuento para reforzar el contraste entre ellos y animar la narración. Igual de importantes son las onomatopeyas que reproducen los sonidos del cuento, ya que captan la atención del niño como ningún otro elemento. Así pues, aprovecharemos cualquier situación que nos permita recrear, por ejemplo, el trote de un caballo, los golpes de una puerta, los ronquidos del ogro, etc... Además, invitaremos a los niños a reproducir estos sonidos con nosotros, con lo cual lograremos que vivan el cuento como si formaran parte de él.

Después de trabajar la voz, podemos aplicar nuestros avances al respecto, preparándonos un cuento sencillo y contándoselo a nuestros alumnos. Para ello, elegiremos un cuento que nos guste teniendo en cuenta su edad, su nivel de comprensión y sus intereses.⁷ Leeremos el cuento intentando captar todos sus matices, haremos un esquema para recordarlo y anotaremos los juegos de voz que queremos hacer para interpretarlo. Siempre hemos de tener en cuenta que

una gran clave del éxito del cuento se basa en que los niños participen ayudándonos a crear la historia. Hay que mantenerlos a la expectativa haciéndoles preguntas, pidiéndoles que repitan con nosotros frases y sonidos, esto nos asegura su atención activa.

Poco a poco, iremos añadiendo nuevos recursos a nuestras narraciones para que adquieran viveza. Tan importante como la voz son los gestos. Cuando unimos el gesto al poder de la voz y a través de ellos expresamos las emociones que se desprenden del cuento, hemos logrado dominar los recursos esenciales del arte de narrar. Emocionarse para emocionar, es el secreto para llegar al corazón de los niños. A los que habremos de mirar a los ojos, incluso tocar con las palabras, llenas de sentimientos, y con las manos, colmadas del calor de las palabras. Nos dejaremos llevar por la intuición de nuestro cuerpo y nos moveremos por la clase, convertida en escenario, con soltura. Sentiremos que ya estamos disfrutando del cuento que narramos y esta sensación se la transmitiremos a los niños.

Cuando manejamos la voz y los gestos y somos capaces de expresar las emociones que queremos transmitir a través de un cuento, ya hemos aprendido a contar básicamente. Pero esto es como abrir la puerta del misterio que da paso a la sabiduría ancestral que guarda nuestra memoria genética. Así que si seguimos arriesgándonos y aprendiendo, llegaremos a improvisar, recrear, contextualizar y adaptar la historia a los diversos tipos de público que nos escuchan, en este caso, los niños de varios grupos de edad a los que nos dirigamos. El proceso de improvisar y recrear la historia es algo muy intuitivo, se desarrolla en el mismo momento que se cuenta el cuento. Depende, en gran medida, de las respuestas que vayamos percibiendo en el rostro de los niños.

La contextualización es un recurso muy importante porque muchas veces en ella se basa el éxito del cuento. Consiste en situar la historia en el contexto del niño. Por ejemplo, yo suelo contar un cuento de un niño que era muy pacífico y los demás solían abuchearlo porque lo consideraban un tonto. Este cuento que se llama *Raimundo Pacificador*, como su personaje, cambia su escenario según el colegio que visite para contar-



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM, EDICIONES B, 2001.

lo. Si voy a un pueblo, me entero del nombre de una de sus calles periféricas para hacer que allí viva Raimundo con su abuela. También me informo de cómo se llama la calle principal, para que sea el lugar donde los niños insulten al protagonista. Lo cierto es que cuando nombro estas calles que conocen, más de un chiquillo salta de la silla, la atención de todos está más que asegurada, lo mismo que el logro del objetivo que persigo: afianzar el valor de la paz, sembrando en sus mentes que es bueno ser pacífico.

La adaptación, también es fundamental en el ejercicio de contar, porque nos vamos a encontrar a niños que no crean en los cuentos. Sin embargo, podremos llegar a ellos si transformamos al príncipe en un chico de su barrio que en vez de conocer a la princesa en los jardines de pa-

lacio, la conoce en el colegio. Lo importante es que en el cuento sucedan cosas que maravillen a los niños. Como puede ser que en el patio de la escuela haya un manzano en flor que atraiga a los dos protagonistas y se comuniquen con ellos. Este árbol puede ser el símbolo transformador que favorezca la amistad entre los niños, la misma que se consolida cuando el manzano llegue a dar sus frutos. Lo fundamental es que se transmita el mensaje que da sentido a la historia, aunque sin intentar moralizar. Los niños deben sacar sus propias conclusiones sin sentirse forzados por el narrador.

Hay que señalar que los cuentos que transmiten valores son muy versátiles a la hora de recrearlos. A continuación, para que sirva de ejemplo, voy a exponer un caso en que he usado la contextuali-

zación y la adaptación. Imaginemos un cuento a través del cual quiero transmitir el valor del respeto. La historia original sucede en un desierto por el que viaja una caravana de camellos. El personaje principal es un anciano que tiene que bajar a un agujero y afrontar la prueba a que lo somete una bestia para conseguir el agua de la vida. Pues bien, si este cuento lo relato en un colegio de un pueblo donde ha habido trasiego de arrieros, la caravana de camellos se transforma en una hilera de mulos con su carga de trigo y aceite, el agujero en un pozo donde los arrieros se paraban a beber en mitad del camino y al protagonista en un niño que iba con ellos, el único que cabía por el agujero del pozo. El niño diligente y astuto le responde a la bestia lo mismo que el anciano. A la pregunta del monstruo: «¿Cuál es el mejor lugar para vivir?», le contesta: «el mejor lugar para vivir es aquel en el que te sientes como en tu casa aunque sea en el fondo de un pozo (o un agujero)». Por lo tanto, el núcleo central del cuento que transmite el valor queda inalterado.

Por otra parte, es muy importante adaptar el lenguaje a las imágenes, incluso abreviar o dilatar el cuento en función de la madurez de los niños que nos escuchan. Hace algún tiempo tuve que adaptar algunos de mis cuentos escritos para niños a partir de ocho años, al entendimiento de niños de cuatro años. Explicaré a continuación cómo adapté uno de ellos. Reduje el argumento lo máximo posible, exaltando una imagen en la que el protagonista, un ciervo, corría por el bosque y a su paso nacían flores de la tierra que esparcidas por el aire daban un aroma exquisito a cualquier lugar por donde este mágico animal pasaba. Pues bien, mientras me recreaba en esta imagen del cuento, cogí unas bandejas que previamente había preparado con flores aromáticas que venden como ambientadores, y las fui dejando caer sobre las cabezas de los niños pequeños que se maravillaban de lo que les estaba sucediendo. El éxito de esta experiencia me animó a usar como recurso cualquier elemento que reforzara la magia de la historia que estaba relatando. De esta manera, la adaptación de los cuentos se puede convertir en un reto y una fuente de riqueza inagotable para el narrador.

Una torre de humanidad

Érase una vez una Mujer Puente, comunicadora de culturas, que dominaba el arte de unir lo antiguo y lo moderno... Érase una vez una Mujer Árbol que sabía extraer a través de sus poderosas raíces la esencia de la sabiduría de lo más remoto y, después, con una inmensa fuerza, extender la savia de la vida hasta las ramas más jóvenes para que pudiesen tocar el cielo... Esa mujer era contadora, guardiana de los cuentos antiguos, por herencia familiar, y psicoanalista junguiana por la época que le había tocado vivir... Esta misma mujer es madre, poeta y artista genuina por naturaleza. Su nombre es tan hermoso como su vida: Clarissa Pinkola Estés. Ella nos cuenta que una vez soñó que la sostenía una torre de mujeres vestidas con atuendos de todas las épocas, mientras estaba ensimismada narrando cuentos. Y que ella sólo ponía la voz, abriendo las compuertas de su ser, para expresar la sabiduría ancestral que manaba de esta torre de humanidad.⁸

Con esta «base» contamos, nunca mejor dicho, para crear y narrar cuentos. Así que no debemos tener reparos en andar por este camino allanado por tantos seres que nos han precedido. Nuestra tarea será iniciarlo con los primeros pasos, que serán marcados por la constancia de aprender, disfrutar, crear, contar, errar, enmendar y contar de nuevo. Poco a poco, iremos descubriendo las potencialidades

de nuestro ser al conectar con el cuento y su poder transformador. Elegiremos los cuentos que más nos lleguen al corazón para contarlos, y de esta manera seguramente transmitiremos valores y abriremos horizontes. Quién sabe hasta dónde, quizás en un futuro no muy lejano, junto a las especialidades de Ciencias o Educación Infantil, exista la de Maestro Narrador.

De lo que sí estoy segura, es de que un día llegará a mí el eco de los buenos maestros contadores de cuentos. Y, entonces podré decir:

«Me llega el rumor de la enseñanza viva, de un agua que nunca se detiene, aunque tenga que penetrar los siglos para abrazar a un corazón que la perciba. Es alguien relatando historias, quien prende la llama del saber en la infancia adormecida. Es un ser extraordinario, el que confiesa amor dándole vida a los cuentos, transmitiendo toda su sabiduría, para que la humanidad siga encendida.» ■

*Rosa María Badillo Baena es historiadora, escritora, poeta, maestra y trovadora.

Notas

1. Taller de autoestima y creatividad dirigido a mujeres, cuyo título completo es «Forja de creadoras: recuperando la memoria de las mujeres de la Generación del 27». Lo impartí en todos los distritos de Málaga, pero la experiencia didáctica a que me refiero tuvo lugar en la zona de mayor nivel económico de la ciudad, la barriada de El Palo.
2. Para profundizar en esta idea, véase la obra de García Pérez, M. y Magaz Lago, A., *Ratones, dragones y seres humanos auténticos*, Vizcaya:

Grupo Albor-Cohs, División Editorial, 1998.

3. Bettelheim, B., *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona: Crítica, 1990.

4. *La ciudad de las estrellas* (Toray, 1991), de M. Company y V. Cruz; *Feliz cumpleaños. El gran secreto del viaje olvidado* (ING, 1992), de Rosita Mahé; *El abrigo* (Everest, 1996), de A. Jiménez, con ilustraciones de Pablo Prestifilippo; y *El canto de las ballenas* (Kókinos, 1993), de Dyan Sheldon, e ilustrado por Gary Blythe.

5. Algunas de las imágenes sobre el poder de la vida que se mencionan, son aportaciones de personas que asisten a las clases de alfabetización del Centro de Adultos Alegría de la Huerta (Ciudad Jardín) de Málaga. Ellos asistieron a un taller sobre Poesía Creativa que impartí en las diferentes bibliotecas públicas municipales de Málaga, con las que llevo trabajando desde hace varios años. A estos talleres asisten tanto cursos de Primaria como de Secundaria, además de grupos de escritores que reciben formación.

6. Hans Christian Andersen dejó una huella muy profunda como narrador de cuentos en quienes lo escucharon. Según mi opinión, fue un verdadero maestro, ya que sus enseñanzas y su imagen como persona crecieron en el corazón de los niños después de que se marchara. Prueba de ello es este poema que le dedica Bjørnson:

«Dotaste de alas mi imaginación, que me elevó a lo más sorprendente y fantástico; mostraste a mi corazón la revelación del poeta, que glorifica las cosas de baja condición. Cuando mi alma infantil estaba hambrienta, sin saberlo, de grandes verdades, saciaste mi necesidad.

Ahora que soy todo un hombre, estoy en deuda contigo por no haber permitido que muriera el niño que hay en mí.»

7. Consultar sobre este tema los libros de Udo de Haes: *El niño y los cuentos*, Madrid: Rudolf Steiner, 1991, y de S. C. Bryant: *El arte de contar cuentos*, Barcelona: Hogar del Libro, 1992.

8. Pinkola Estés, C., *Mujeres que corren con los lobos*, Barcelona: Ediciones B, 2000.

Bibliografía

AA.VV, *Cuentos infantiles*, Madrid: R. Steiner, 1998.

Badillo Baena, R. M., *Cuentos para delfines*, Madrid: Narcea, 2000.

Bly, R. e Iron, John, *Una nueva visión de la masculinidad*, Barcelona: Planeta, 2000.

Bettelheim, B., *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona: Crítica, 1990.

Bradshaw, J., *Volver a casa*, Madrid: Libros del Comienzo, 1994.

Bryant, S. C., *El arte de contar cuentos*, Barcelona: Hogar del Libro, 1992.

Cirlot, J. E., *Diccionario de símbolos*, Barcelona: Labor, 1991.

De Haes, U., *El niño y los cuentos*, Madrid: Rudolf Steiner, 1991.

Díez, *La oreja verde de la escuela. Trabajo por proyectos y vida cotidiana en la escuela infantil*, Madrid: Ediciones de la Torre, 1995.

García Pérez, E. M. y Magaz Lago, A., *Ratones, dragones y seres humanos auténticos. Aprendiendo a pensar y actuar de manera asertiva: estrategias para aumentar la autoestima de jóvenes y adolescentes*, Viz-

caya: Grupo Albor-Cohs, División Editorial, 1998.

Jung, C. G., *Recuerdos, pensamientos y sueños*, Barcelona: Seix Barral, 1991.

Krishnamurti, J., *El propósito de la educación*, Barcelona: Edhasa, 1992.

Lindenfield, G., *Cómo desarrollar la autoestima en niños y adolescentes*, Madrid: Neo Person, 1998.

Murdock, M., *Ser mujer, un viaje heroico*, Madrid: Gaia, 1992.

Palmer, P. y Alberti, M., *Autoestima: un manual para adolescentes*, Valencia: Cinteco, 1992.

Pearson, C. S., *Despertando los héroes interiores. Doce arquetipos para encontrarnos a nosotros mismos y transformar el mundo*, Barcelona: Libro-Guía, 1992.

Pinkola Estés, C., *Mujeres que corren con los lobos*, Barcelona: Ediciones B, 2000.

Shedlock, M. L., *El arte de contar cuentos*, Málaga: Sirio, 2001.

Steiner, R. et alt., *La sabiduría de los cuentos de hadas*, Madrid: R. Steiner, 1998.

Stevens, A., *Jung o la búsqueda de la identidad*, Madrid: Debate, 1994.